



Pico del Norte, cara Sur. Los largos son tiesos. El esfuerzo supremo.

Foto Patxo Dávila

UN POCO DE VIDA A 6.000 m.

Pedro Sánchez

Y era como un sueño la realidad aquella de querer voluntariamente subir. ¿Subir? Bueno, más bien era reptar, arrastrar aquel cuerpo cansado e increíblemente incapacitado. ¡No te preocupes, es la altura! La verdad es que hemos hecho una corta aclimatación, pero buena.

¡Uf!... golpe tras golpe me voy acercando a Txema, también helado de frío. Suena un ¡Aupa! tardío y entrecortado. Estoy hecho polvo. Descanso un ratito y continúo. Los largos son tiesos y el hielo vivísimo y difícil; el esfuerzo supremo. Los primeros diez metros de cada largo ya suponen toda una aventura y, según me alejo de la reunión, pienso en asegurar el largo, pero mi mente se niega a realizar tal esfuerzo. ¡La seguridad debe estar en mí y no me voy a caer! ¡No me puedo caer!

Cada vez queda menos. Jadeo mis 150 pulsaciones. ¡Reunión! Una y otra vez. Ahora ya en la roca. Más tranquilidad.

—Oye Txema ¿te importaría tirar lo que queda, de primero? Compartimos un poco

de chocolate y continuamos. No estamos solos. Van los demás por delante.

Ya se ve la cumbre. Saco el último tornillo. Estoy agotado. Txema espera al otro lado. Paso la grieta y superamos con toda una eternidad de ilusión la aristilla final. Desde qué lejos se acerca sigilosa.

Es el corazón quien me lleva de la mano, son los demás que me animan. Con lágrimas, ante tal esfuerzo y tanta alegría común, llegamos allí donde no había más nieve por encima. Las cámaras cazaron de un zarpazo aquel genial instante, mientras nos percatábamos de la importancia del momento. La flauta coloca, entrecortada por el esfuerzo de soplar, la nota característica de fiesta. Pero nos esperan abajo, hay que dejar que todo esto ocupe el recuerdo y así comenzamos a bajar.

Estamos todos muy cansados y circulamos un poco al aire, sin saber hacia dónde ir para coger el mejor descenso. Bajaremos, tenemos que bajar hoy. En nuestra mente están los peligrosos descensos, en malas condiciones. ¡Qué horribles ra-

peles, aquéllos! Tan sólo seis por aquel espolón descompuesto.

—¡Piedra!

¡Vaya! No pasó nada. Ya vemos el suelo y lo deseamos con algo más que aprecio. Es casi cariño.

—¡Piedra!

Pobre Patxo. Le tocó la «china». Nos preocupamos por su hombro pero no será gran cosa. Nada al final.

En estas experiencias en que estamos juntos hay veces que se me asemeja a la parada del autobús. No sabes si es la casualidad la que te une o... no sé. Tampoco nos planteamos el riguroso turno de coger los billetes para «flotar» por un viaje alucinante a una montaña. Esta montaña. La mente se evade. Somos cada uno, expendedor y viajero de ilusiones inconcebibles e inútiles para muchos, fundamentales para nosotros y... ¿para tí?

Hemos encontrado un collado desde el que podemos bajar al glaciar. Es casi de noche. Un tornillo tras otro van formando la cremallera. Cuando llegamos todos

al otro lado de la rimaya hace tiempo que nos movemos bajo las estrellas. Estamos contentos y no queremos pensar en los que nos espera para atravesar el glaciar.

La alegría inmensa de la cumbre se transforma ahora en trágica esperanza. ¿Disfrutamos exponiéndonos a contemplar cómo nos descomponemos poco a poco, cómo los nervios pasan de histéricos a ingravidos e incompetentes ante situaciones desconocidas pero finamente escogidas? Casi ya sabíamos qué nos esperaba, aunque no lo deseábamos.

Ahora una nube. Un punto en el cielo. Cabizbaja y jadeante, continúa la parada. ¡Vamos! comenta consigo mismo y acepta el reto. Está agotado, ha de continuar el vals por los hielos del glaciar. Su torpe paso de traspies y tropezones le hacen

llegar hasta el resto del grupo. ¡Aupa! ya queda poco. ¡Puaf, estoy hasta el cogote de no saber adónde voy!

La ansiedad, más que la esperanza, lleva funcionando ya largo tiempo. Monótonamente continúa la fila de cuerpos dándose ánimos mutuamente.

Querer llegar y no poder. Un puntapié al hielo me hace caer sobre un charco y en la inmensa oscuridad de la noche sacio mi sed con el frío de aquel agua: ¡Ah...!

Los reflejos de las linternas han desaparecido. Con miedo de soledad me pongo en pie y... ahora, sí, ahora les sigo, les veo. No estoy sólo.

Cuando las voces de quienes estaban en el campamento, deseosos también de nuestro regreso, se sientan cerca comienza a ser palpable el descanso.

Se aumenta el ritmo y los tropezones con las piedras de la morrena. La frontal no alumbra, pero veo. Bueno, me tengo que levantar del suelo. ¡Condenadas botas, pesan una eternidad!

Comentarios, risas, comentarios, sed... Ahora, en el saco, veo el desplome del vivac por encima de mí. Unos duermen, otros sueñan recuerdos.

Personas en todo momento que saben apreciar un atardecer, un amanecer. Miro al cielo y veo un punto. Una estrella. Seguro que alguien más está mirándola en este momento. ¿De qué vivencia descansará? El sueño, que era ilusión, invade ahora un largo momento hasta el próximo amanecer.

De qué diferente manera disfrutábamos de esto en la terraza del café Bilbao.

Ancohumá - Campo 1.

Foto Tamayo



Pico del Norte. Couloir S. M.D. sup.

Foto Jesús Gómez

